



La Calahorra

Navidad 2014



LA CALAHORRA



Ciclotimia...

Nada, que no hay manera... y mira que lo he intentado. Quiero detener el tiempo y este, en su afán de hacerme la contra, continua de manera inexorable, sin pausa y sin importarle lo que digamos. El, a su aire, siempre avanzando con paso firme y dejando recuerdos.

Tenemos la mala costumbre de no pensar en que seremos recuerdos y solemos darle importancia en nuestra vida a cosas que ya no estarán, ni nos importaran... Y mientras nos desgastamos en cosas intrascendentes, el muy puñetero sigue avanzando, sin dejarnos siquiera pararlo un poquito. Aunque hay una cosa que ni el mismo tiempo puede llevarse: Los recuerdos.

Por que esto es lo que somos, recuerdos y en nuestra mano está que seamos recuerdos gratos o recuerdos incómodos. Ante el tiempo nada pode-

mos hacer, salvo hacerlo nuestro amigo, nuestro aliado. Y que mejor forma de hacerlo que sintiendo, creyendo, sabiendo que nuestros actos podrán ser ejemplo para los demás, para las personas que vienen detrás y que sin duda, sabrán apreciar nuestras buenas intenciones.

Hay días que me siento desmotivado, como fuera de lugar. Días en los que me da igual lo que ocurra y me dedicamos a no hacer nada, a dejar pasar el tiempo.... De pronto se me viene a la cabeza todas las personas que me aprecian, todas las personas que creen que soy un buen tío y que, estoy seguro, piensan que merezco la pena. Solo por ellos, me pongo en pie, me doy cuenta que si, que seré un buen recuerdo cuando no esté... Y por ello,





BUSCANDOME

Por José Manuel Regal García

I

La mirada global
donde me encuentro,
desde donde vocifero a las es-
trellas,
(aunque me atropella la retóri-
ca)
el yo mismo descubierto,
testigo de mi propia experien-
cia,
la identidad
que se cobija en el viento,
ese que me arrulló con sus alas
de indulgencia.

Soy el sujeto primario
a quien pregunto a veces
quien soy;
a menudo me busco por los
arrecifes

del aire,

donde está interpretada mi ex-
periencia
desde el ser primigenio de mis

días,
entretrejida con la vida misma
y con sus metas.

No es un yo vacío
quien hace interpretaciones sin
respuestas.

Hurgo con insistencia
en el molde mental colectivo
donde ubiqué un día el alma
y busco,
en la ruptura del reloj
con los ojos confundidos de
nostalgia
en el infinito extravío
el sentido a la existencia huma-
na

en este suelo.



II

¿Y si anatómicamente
no fuera lo que soy,
si el lenguaje no me distinguiera
del primate
del que provengo,
si la historia no avalara
el trayecto de mi vida,
y si los rasgos que me definen
me abandonaran para siempre,
donde se perderían mis pasos
y las huellas en el barro?



III

Mis detractores tenían razón:
Soy un perdedor,
un fracasado,
un iluso.

En el debe de mis días
se corrobora
la imparable disolución del
hombre,
al que me asocio y me resisto;
es la humillación cosmológica
la que me apea
con ira titánica de mis ideas et-
nocéntricas.

Solo soy
el resultado ineludible de las
fuerzas biológicas,
remolinos del mar que estrella
su lamento
en la noche de mis sueños,
cual barcos enloquecidos y sin
rumbo
evidencian la precariedad que
me sostiene.

En mi humillación psicológica
resulta minada la arrogancia del
yo,
la humillación social
elevado a la infinité-
sima potencia
y la humillación informática



Soy una cosa entre las cosas.
un cerebro moldeado
por una sociedad sin nombre.
esa máquina compleja
que estimula el código genético
al que me agarro desesperada-
mente.

El animal inconcluso
alejado de la mano de Dios,
el que cree haberse creado a sí
mismo
en una línea mal definida y fluc-
tuante.
Una historia maltrecha
entre el corazón y la cabeza.

IV

De la ceniza que soy,
como fruto que recibe la tierra
donde piso
e incapaz de manosear
la impunidad de los siglos,
me acomodo
a este último rincón de nadie,
donde vivo,
bajo un palio de estrellas
silenciosas.

Deambulo
bordeando las tapias frías de los
cementerios
y piso las hojas caídas de los ár-
boles,
el hollín, que las chimeneas
escupieron a deshora,
ante la mirada extraviada de los
vagabundos.

A veces, mis palabras,
rebotan una y otra vez contra las
murallas
del miedo,
hasta quedar rendido
entre el vacío y la memoria.
Con mi soledad a solas,
desprovisto ya de alma
(ésta, está de okupa en un cuerpo
más sereno),
me recompongo y me leo en el
pasado
rondando caminos invisibles
en la frontera misma de la muer-
te.



SUEÑO

“Las hojas que caían a
mi alrededor me desnudaban
del aire que me cubría, con una
caricia de desapego, suave-
mente caían. Este leve cambio
de mi entorno más cercano en
aquella foresta me sobrecogía,
entre el silencio otoñal del bos-
que maduro, susurros de hojas
desprendiéndose, cayendo ha-
cia su descomposición. Breves
pinceladas ocreamarillo, amari-
llo pálido, se fundían plácida-
mente sobre una envolvente
penumbra verdosa próxima a
su ocaso. Sentía el musgo fres-
co bajo mis pies mientras flota-
ba en su aroma. Extendí mis
brazos bajo aquella llovizna
glaucosa, pálida, y la luminosa
penumbra verde que salpicaba.
Y calaba mis huesos, calaba mi
alma. Y cambié, desperté.”

Reflejos Rotos

Por Eusebio Martínez Cayuela

“Mírate de arriba a bajo,
rompe el espejo, mírate por
dentro, por debajo del pellejo
¿te reconoces? O quedas de ti
tan lejos que no eres ya de tu
sangre, que eres alguien enva-
sado al vacío, que no quieres
contagiarse de la parte baja de
la balanza que mantienen arri-
ba a los grandes.

¡Pero! ¿Y si fijamos una
hora? Si es posible por la tarde,
salimos todos de la balanza, a
ver que pasa con los grandes,
cuanto más arriba estén, más
largo será el viaje.”





Aledo huele a navidad

Por J.V.C.

Nieve, familia y amigos sueltan sus voces acompañados de instrumentos de percusión, tocan música de influencia árabe. Sus letras, sin dejar la temática religiosa, suelen rozar lo jocoso aunque sin malicia. Aledo huele a Navidad, al humo de la lumbre. Frío en la Calles heladas y en el hogar tocónes de ardiente madera de olivo y almendro. Las mujeres, con las mangas alzadas, pañuelo en la cabeza, carrillos rosados por el calor del horno y sonrisa fácil, hiñen la masa, añaden azúcar, manteca, o miel y cantan: El Clavel, la Campanera o Francisco Alegre, que son sus canciones de horno. Entonan y afinan las voces preparándose para cantar los villancicos al Niño

Dios recién nacido, a aquel que vino al mundo entre gente pobre, gente trabajadora



La aceituna madura es ya aceite, las olivas verdes están en sazón, y se cortan en medias las naranjas y con el hinojo se echan en la orza. El frío, eterno amigo de las fechas navideñas, ha hecho presencia, y las mujeres se ponen sobre los hombros pañolones de gruesa y negra lana, y con paso ligero hacen las compras para los días de fiesta con franca sonrisa de la conciencia limpia



El gato ronronea cercano a la lumbre, el porrón deja entrever a través de su limpio cristal la dorada sangre de las viñas aledanas, el tocino vetoso reluce en el plato junto a la afilada navaja albaceteña, el añoso queso hecho con la leche de las cabras propias y la hogaza de pan reciente. A su vera, la alcuza con el oro de los olivos. Las vecinas se visitan, la torta de chicharrones la espera con el mínimo vaso de anís o mistela.

Se acerca la fecha en que regresan todos, el hijo de Barcelona, el notario que vive en un pueblo de Sevilla, el empleado del banco que reside en Vigo y los parientes de Francia. Todos acuden como cada año a la obligada cita con el villancico y el mantecado, las migas y la Misa de Gallo, la hermosa

fecha en que las familias se reúnen para gozar de algo tan sencillo y entrañable como el amor de los deudos, reunirse al amor de la lumbre para recordar a los ausentes mientras los corazones se esponjan mirando a los niños, su futuro, para los que los Reyes Magos vendrán cargados de amor y regalos. Ha nacido en el belén aledano el Niño Dios que viene a redimirnos y las gentes de buena voluntad lo celebran de forma sencilla y entrañable, comiendo esas delicias navideñas que nos traen los olores de nuestra historia, el olor de Viene la Navidad.





Lo sé por sus olores. Sí, porque la Navidad tiene en Aledo olores propios y peculiares. Las casas recuerdan su anciana historia, sus raíces árabes y judías cuando hornean los escaldados, mantecados, rollos de anís y tortas de Pascua, alfajores o bollos de Bilbao

Canela, matalahúva, piñones y esencia de bergamoto. Cabello de ángel, las dulces entrañas de unas singulares calabazas que sirven de relleno a los pastelillos de pasta flora. Los dulces navideños se hacen en comunidad, las vecinas se reúnen y entre todas hacen, con harina, almendras, miel y amor, glorias palatales, celestiales dulces con los que festejar el nacimiento del Hijo de Dios. La memoria genética evoca cada año los ancestros ára-

bes y judíos, extienden sobre los obradores masas que allanan con rodillos y recortan con moldes de hojalata. Nada hay que recuerde más nuestra historia que los mismos moldes, la estrella de ocho puntas en clara reminiscencia a la de David, medias lunas de turbante y babucha y como colofón, la alegre guitarra que evoca la alegría que se expresa en el pueblo como nunca en estas fechas. Días de familia y lumbre, de mistela y torta de chicharrones, de mantellina y lágrimas de reencuentro.



Esta es la Navidad de Aledo. Olores, sabores, música y familia, nostalgia de las ausencias y alegría de niños, los grandes protagonistas de estas fechas. El abuelo hace con una caña la castañeta, la abuela desempolva las postizas para acompañar el alegre sonido de la pandereta y el ronco de la zambomba y, todos a una, cantan las alegrías del Pueblo de Dios, del que Él mismo eligió para Sí y le llamó Aledo.

Diciembre es el mes del horno casero, de las tortas de chicharrones, las tortas de Pascua y los mantecados. Sí. Es el

orden adecuado, porque cuando se hace la masa de las tortas de Pascua, con los restos se amasa con los chicharrones sobrantes de hacer la manteca de la matanza, se extiende azúcar por la superficie y salen al rato del horno esas maravillas olorosas y ligeramente grasas que son las tortas de chicharrones. Es el olor de la almendra tostada al horno.

En Navidad, Aledo huele a miel manteca, almendras tostadas y torta de chicharrones, suena a pandereta y villancico. En Navidad Aledo respira amor y paz.





NAVIDAD

Por Bender J. Rodriguez



Escucho como los niños y niñas del colegio, pasan por la calle cantando villancicos, en busca de ese vaso de chocolate y ese bizcocho que caliente un poco sus cuerpos. Y al escucharlos, me veo a mí en esa misma situación, hace ya unos pocos de año, donde me levantaba muy muy temprano, con mi chaquetón, mi bufanda y mi pandereta, con la ilusión y la alegría que todo niño tiene.

Ahora, unos años más tarde, ves que todo o casi todo en esta vida es cíclico y tiende a repetirse. Y por suerte o desgracia, cada uno sabrá, debe ser así.

Con el paso del tiempo, la vida te va cambiando con sus alegrías, sus penas, sus llantos, sus risas, ... en definitiva, con la experiencia.

Y a veces cuesta volver a ponerse ese chaquetón de niño y coger la pandereta, pues aquella ilusión que nos movía, hay momentos en la que se esconde bien escondida y por mucho que busquemos no está.

De nuevo Navidad, de nuevo luces en las calles, de nuevo música, comida, amigos. Todo vuelve pero nunca como el año anterior. En la vida todo se repite, pero ningún día es igual. Quizá en eso resida su grandeza.

Podemos dejarnos llevar por el ambiente, hacer como si todo es bueno y bonito, pero si por dentro no lo sentimos así, solo estaremos engañándonos a nosotros mismos. Nos montaremos una película, que no deja de ser eso, una película



Pienso que lo que no nazca de dentro, difícilmente podemos buscarlo fuera. Quizá esa ilusión de la que hablaba al principio, debemos de ir alimentándola más a menudo y no dejar que un día sin saber por qué, haya desaparecido.

Como suelen decir, si tu no sabes quererte, nadie lo podrá hacer. Debemos saber que no necesitamos de lo externo, y más si eso nos está haciendo daño un día tras otro. Deberíamos entender que lo externo está ahí para complementarnos no para que dependamos de ello.

Y muy ligado a estas fechas, no puedes darte a los demás si no sabes darte a ti mismo. Lo importante es tener la ilusión en ti, y no buscarla fuera. Y así, la ilusión de "fuera" llegará a ti.

Tu eres lo grande que sueñas que puedes ser. No eres menos que nadie. Eso es lo que tienes que tener claro.

Por eso, esta Navidad, que todo lo que trasmitamos a

los demás, sea porque lo sentimos dentro de nosotros. No hay que fingir. La verdad es la verdad.

Y después de decir todo esto, que la verdad, para ser las fechas que son me ha quedado un poco serio, desearos una muy feliz Navidad y que el año próximo sea un año que con sus cosas buenas y menos buenas, seamos felices con lo que somos y con la gente que de verdad nos quiere.



FELIZ NAVIDAD Y FELIZ AÑO NUEVO